

HACE CIEN AÑOS

El pueblo de Madrid despide a la infanta Teresa

Con tan solo 30 años de edad, días después de dar a luz a su cuarta hija, fallecía, el 23 de septiembre de 1912, en su domicilio de la calle Mayor de Madrid, la infanta doña María Teresa, hermana del Rey Alfonso XIII.

La prematura muerte de la joven madre, víctima de una apoplejía, conmocionó al pueblo español. “España entera —señalaba *La Ilustración Artística*— estimaba en lo mucho que valían las altas virtudes que adornaban a la augusta dama. Modelo de hijas, de esposas, de madres, sus bondades no se circunscribían a los afectos de la familia, sino que de ellas eran partícipes cuantos desgraciados a ella acudieron (...) De aquí la adoración que por ella sentía el pueblo madrileño, que era el que con ella en más íntimo y frecuente contacto estaba”.

Cien años después, revisada la noticia, llama la atención la ausencia en los actos funerarios, del Rey Alfonso XIII,

hermano de la fallecida, siendo representada la familia Real durante el duelo por el infante D. Carlos. Nadie acertó, entonces, a dar explicaciones ni a desvelar las razones de este hecho que, evidentemente, no debió ser casual.

M. de la Nava



En la imagen superior S. A. la infanta Doña María Teresa, hermana del Rey Alfonso XIII. Abajo, el cortejo fúnebre en la Cuesta de San Vicente.

Descarrila un tranvía en el centro de Madrid

El cruce de las calles Barquillo, Fernando VI y Argensola, fue escenario, en junio de 1912, del descarrilamiento de un tranvía; un accidente aparatoso que, como es habitual en este tipo de hechos, concentró a numerosísimos curiosos que querían contemplar en primera fila el desgraciado accidente.

Es curioso que la noticia, recogida en el Semanario “Blanco y Negro”, no precisaba si había habido desgracias personales, aunque hablaba de “catástrofe” y de “lamentable accidente”. Hasta el lugar se desplazó, tal y como destacaba la prensa de la época, el juez de guardia, Sr. Fernández Villegas, a llevar a cabo “las primeras diligencias en el lugar de la

catástrofe”. Y no decía, prácticamente, nada más.

Hoy no somos capaces de imaginar la capital con tranvías; y pocos quedan que los puedan recordar.

Pero, hoy como ayer, es lamentable la forma en la que, por motivos muy concretos (¿desprecio de las personas? ¿deseo de ocultar los verdaderos daños?) siguen trasladándose al público ciertas noticias.

N. de R.

Estado en que quedaron los coches del tranvía. Abajo, el juez de guardia instruyendo las primeras diligencias en el lugar de la catástrofe.

